

Dicen que el agua es el principal e imprescindible componente del cuerpo humano. En el pueblo de Carón la gente está elaborada con agua de mar. Mi marido, Juan, el arroz, estaba creado con agua de ola.

Me enamoré de sus ojos porque en ellos se reflejaban las cosas con el barniz de la ilusión, de la pasión, de la esencia que hace soñar. Lo más insignificante se magnificaba con un excelso brillo ante su mirada, por eso cuando sus ojos se fijaron en mí, me hizo sentir única. En sus labios descubrí una tímida sonrisa que, como la bruma del amanecer, prometía soles y una historia en blanco. En su voz pude escuchar el rumor que hace el viento cuando acaricia el mar, ese viento cálido del sur que retiene la cresta de la ola durante unos segundos antes de dejar que se rice en un hermoso y galante ademán. Esa voz de viento me invitó a bailar. El tacto de sus manos era suavemente templado y entre sus brazos me sentí como la flor que no se agarra por miedo a romperla, pero que no se afloja porque se caería; como la flor que se sostiene. Sus movimientos no eran como los de la mayoría de la gente que bailaba, él lo hacía con una innata naturalidad que me llevó describiendo círculos a perder la noción del tiempo y el espacio. La plaza del pueblo ese año, esas fiestas, se transformó en un lugar en el que no había estado anteriormente: el lugar en que se convertía estando a su lado. Los músicos llegaron al final de la pieza y, lentamente, volvimos a la realidad para pasar a aplaudir. Me propuso ir a dar un paseo por el puerto que estaba un par de calles más abajo y, aduciendo una falsa vergüenza, acepté a su tercer intento. Cuando pasamos por delante de mis padres los avisé para que no se preocupasen por mi ausencia; mi madre lo miró, me miró a mí y en mi oído susurró “no te enamores del mar”.

En el puerto los barcos se mecían al ritmo de vals marcado por el agua vestida de negro brillante, en la que la luna oronda se duplicaba en un signo de coquetería. Las estrellas, guías de los marineros, descifraban incansables los enigmas de los rumbos y

las gaviotas, asustadas por el ruido de los cohetes, ejecutaban sus inquietos vuelos de huida a ninguna parte. En ese marco sus palabras fueron invadiendo mis orillas como hace el mar cuando sube la marea con la arena, que poco a poco va ganando terreno hasta llegar al momento en que ambos se confunden: agua y arena, arena y agua; sin saber dónde empieza uno, donde acaba el otro. No recuerdo cuando ni por qué llegó el beso, solo recuerdo que fue un beso impreciso e imperfecto; trémulo y suave; sentí en mis labios la textura húmeda de la espuma de ola. Nuestras manos se anudaron en una caricia mientras la voz de mi madre me reclamó desde lo alto de la barandilla del puerto. Antes de marcharme esa noche, me volvió a mirar, y me sentí mil veces yo, mil veces más importante, mil veces más necesaria... supongo que el amor tiene la virtud de amplificarnos sembrando en nuestro interior una especie de eco que nos hace palpar la inmensidad.

Tuvimos una semana antes de que zarpase su barco llena de paseos en los que seguimos desdibujando orillas e inundándonos el uno del otro. Él era el hermano de una de mis mejores amigas al que sus padres, intentando protegerlo del mar, lo habían enviado, cuando aún era un niño, a casa de unos familiares en Santiago para que estudiase y pudiese ir a la universidad. Finalmente había regresado con el propósito de enrolarse en el barco en que faenaba su padre. “Sin mar no sabía ser” me contó “Era como un naufrago que flotaba en las tristes aceras de las calles, sin horizonte, sin faro ni puerto, así que volví para seguir mi destino”. Yo escuchaba ensimismada “Dicen que los marineros tenemos dentro el vaivén del mar y que por eso cuando estás en tierra te mareas”. De esa manera llegó el momento de la despedida y la promesa que durante el tiempo que estuviésemos separados nos escribiríamos trazando un puente de letras.

En el puerto, cuando zarpan los barcos hacia alta mar, se produce un extraño momento; un silencio en el que se condensan todas las palabras y que se traduce en un

gesto, un abrazo, una lágrima... y el barco se va y el alma de los que se quedan se va y la de los que se marchan intenta quedarse y en toda esa confusión, la vista de unos y otros se va perdiendo al final del horizonte. La hermana de Juan, el arroaz, era a su vez la novia de Alberto, el roxo, mi primo, el cual estaba enrolado en el mismo barco y, abrazándonos, compartimos el hueco que dejó aquella despedida.

Otro de los momentos extraños que se produce en el pueblo es el día en que de alguna manera, la gente, sobre todo los viejos, saben que algo malo va a suceder. Ese día apenas hay palabras entre los habitantes. Las miradas arrugadas miran al inmenso monstruo de piel dura y gris que amenaza con dientes de espuma, y de su furia nacen mil lenguas furiosas que estallan contra las rocas. Entonces los hombres añejos niegan para sí mismos y encogen el corazón. Poco después, generalmente, llega la noticia que abre la puerta tras la que están guardadas la tristeza, la angustia y la impotencia, que recorren el pueblo como el viento gélido del nordeste para ir colándose en las respiraciones y convertirlas en suspiros, en sollozos, en llantos... Todos se reúnen en el ayuntamiento para poder saber más sobre lo que ha pasado y el alcalde va dando información de primera mano que, poco a poco, para unos es un alivio y para otros una fría losa a su esperanza. Esos momentos son en los que comprendes que la vida en los pueblos está entretejida: todos formamos parte de una historia conjunta en la que de una u otra manera estamos anudados y, tal vez, esa red es la que nos hace capaces de sostener el peso de la pena que asola en ese momento a todos los habitantes del pueblo.

Tres ausencias pasamos entre cartas y promesas. Tengo que reconocer que durante la primera, me costó en alguna ocasión recordar su cara; para evitarlo iba a casa de mi amiga con algún pretexto y de esa manera podía ver disimuladamente las fotografías que tenían como adorno en las que aparecía él. Ella me descubrió una vez ante una

imagen que estaba en la estantería del salón y, tras buscar en un cajón, me regaló otra parecida.

Cuando su barco regresó, el puerto recorrió su telón para mostrarse como el lugar por donde llegaban las ilusiones. Con un pequeño beso en mis mejillas volví a enamorarme de él.

Para la segunda ausencia, nos intercambiamos un par de fotos. Supongo que a él le había pasado lo mismo que a mí. Puse su fotografía con un marco, sobre la cómoda de mi habitación. No me cansaba de mirarla, estaba sentado en la proa del barco con un atardecer en el que el sol parecía de caramelo fundido, en un lugar de ninguna parte, sonriendo y señalando el horizonte. En la dedicatoria escribió “Detrás de mi sol estás tú, siempre y por siempre tú”. Al ver mi madre la foto se sentó en mi cama mientras que yo estaba escribiendo y me dijo

- Hija no te cases con el mar ¿quieres ser como yo?, ¿quieres estar siempre sola?, ¿quieres vivir eternamente esperando?

Mi padre era marinero desde los diecisiete años y la mayor parte de su vida la había pasado en el mar, apenas estaba en casa; llegaba y en un suspiro tenía que marcharse otra vez, pero el tiempo que pasábamos juntos era especial, tenía una intensidad tal que un segundo se convertía en un día, un día en un mes y pasar a su lado un mes... era casi un regalo. El mar crea esa especie de viudas y huérfanos sin serlo. En casa mi madre, a la que siempre admiré por su valor y fortaleza, ayudada por mi abuela, su madre, nos crió a los cuatro hermanos. Mi hermano mayor, según ella, sí que había sido listo: siguiendo su consejo y, tras realizar un gran esfuerzo económico por parte de toda la familia, había aprobado unas oposiciones y ahora trabajaba y vivía en Coruña viniendo a vernos cada cierto tiempo.

- ¿Por qué no vas a casa de tu hermano a pasar un tiempo?, seguro que allí conocerás a otro tipo de gente, te vendrá bien salir del pueblo.

Yo la abracé en un signo de comprensión y le pregunté

- ¿Te habrías ido tu?, ¿habrías dejado de querer a papá?, ¿habrías podido?

Ella me miró con los ojos impregnados de nostalgia y negó con su cabeza ante la imposibilidad de articular una palabra. Tomó la foto de la mesilla, la miró y volvió a colocarla dedicándome una sonrisa cómplice y llena de ternura.

Durante esa segunda ausencia fue cuando se ganó el apodo de “el arroaz” porque un día en que estaban faenando con muy malas condiciones meteorológicas, un compañero suyo se enganchó con la red y cayó al agua. Sin dudarle un instante, él se lanzó al mar mientras el barco comenzaba a hacer la maniobra para rescatarlos. Los que lo vieron contaban que se movía en el agua como si fuese un autentico delfín y, como hay una especie de delfín en los mares gallegos que se denomina arroaz, así le llamaron durante toda su vida.

Llegó la tercera estancia en tierra, y sin decir nada, al día siguiente de su desembarco, desapareció. Esperé a que viniese a buscarme como habíamos quedado y no apareció. Fui a su casa y ni su hermana ni él estaban, sus padres no sabían dónde habían ido. Pregunté a sus compañeros de barco, a los que suele unir un vínculo casi de hermandad, pero tampoco sabían dónde podían estar. Cuando cayó la noche, llamaron a la puerta de casa, abrió mi madre y salí corriendo de mi habitación al escuchar su voz de viento y mar. Estaba vestido con un elegante traje oscuro, en sus manos llevaba el ramo de rosas naranjas más bonito que he visto en mi vida y en la otra mano una cajita pequeña, tras él estaba su hermana. Mi padre llegó del salón y mis dos hermanos

pequeños acudieron a aquél inesperado espectáculo. Entonces con un estilo encantadoramente clásico hincó la rodilla en el suelo y me dijo delante de todos

- Mujer de arena ¿quieres casarte conmigo?

Yo sentí como la emoción me embargaba y lo abracé con todas mis fuerzas sin poder evitar que las flores acabasen maltrechas. Mis hermanos se reían, mi madre no pudo contener un leve aplauso y mi padre mirándonos asentía con la cabeza a modo de parabién. El anillo era precioso, en él vi muchísimas cosas: un círculo, un flotador, un sol hueco que rellenar de ilusiones... en muchas ocasiones, todas esas definiciones me han ayudado a lo largo de mi vida.

Durante esa cuarta ausencia previa a la boda, con el dinero que él tenía ahorrado y la ayuda de las dos familias, comenzamos a construir una casa: nuestra casa; con una única condición por mi parte: que desde el dormitorio se pudiese ver el mar. Suponía que si ambos por la noche mirábamos a la luna, como en un espejo podríamos vernos el uno al otro, o que si seguíamos el rastro de las estrellas, nos llevaría siempre a estar uno al lado del otro. Los días, aún ocupadas tanto mi familia como la suya en la preparación de la boda y de la construcción de la casa, continuaron siendo inmensos; pero finalmente llegó el día en el que el puerto fue la puerta por donde entraban los sueños para convertirse en realidad. A su llegada, se desencadenó una vorágine de emociones y situaciones que frenó de golpe en la primera noche que pasamos juntos tras la boda. Fue un lapsus, un paréntesis de vida, un espacio en el que solo cupo la combustión del deseo contenido.

El tiempo se hizo etéreo y se volatilizó en uno de nuestros suspiros durante la luna de miel que transcurrió en la habitación de la que ya era nuestra casa. Aquella despedida la noté más profunda, más temida, más difícil de desensamblar los dos eslabones que

éramos. Aún sabiendo que la vida iba a transcurrir de esa manera, nunca he llegado a habituarme, en el adiós no hay lugar para la costumbre, o por lo menos yo nunca lo he encontrado.

Dos años después de que nos casásemos llegó Pablo, nuestro primer hijo, al que Juan, el arroz, conoció cuando tenía ya dos meses, en uno de esos hilvanes que le traían de vuelta a casa. Durante todo el embarazo y en el momento del parto, mi respaldo fue mi madre. También la hermana de Juan fue un gran apoyo ya que con su compañía se me hizo el tiempo de espera mucho más llevadero. El nacimiento de Pablo fue para mí uno de los momentos más relevantes de mi vida. A la vez que la ilusión, llegó a mí la responsabilidad y con ella el miedo. Tengo que reconocer que aún con la red que suponía la gente del pueblo y, sobre todo, mi familia y mi hijo; me sentí sola. En ese momento vi en el anillo de boda un hueco, el hueco que dejaría su ausencia cada vez que no estuviese cuando se cayese Pablo o tuviese fiebre; cuando comenzase a andar o dijese su primera palabra; cuando llegase su primer día de colegio... tengo que reconocer que, inconscientemente, envidié a Marta la mujer de Raúl el farmacéutico, a Lola la mujer de Goyo el dueño del bar, e incluso en un acto de rabia envidié a Silvia la mujer de Pepe, el tormentas, llamado así porque durante una tormenta había tenido un accidente en alta mar que le dejó para siempre en tierra y desde entonces no había dejado de beber, haciendo de su vida y de la que le rodeaban un tormento. Ese fue un momento de fuerte marejada en mi interior. Cuando se lo conté a mi madre, me abrazó con brazos de comprensión y, acariciando mi pelo mientras me contaba lo que pensó ella al nacer mi hermano mayor, apaciguó en mi mente ese pensamiento.

Al puerto llegó un hombre que ya tenía un hijo de dos meses y en sus ojos líquidos, el mar se desbordó. Su emoción era tal que se sentía incapaz de sostenerlo en brazos, hasta que lo cogió y, aunque cada vez que volvía a casa me enamoraba de él, en

esa ocasión fue algo que iba todavía más allá del amor. En mi interior se mezclaron tantas cosas hermosas que no me cupo la más mínima duda de que aunque fuese la ola que regresa de vez en cuando a la orilla, sí, yo sería la arena que ansiosa espera su llegada y que suspira cuando se va dejando en ella un rastro brillante.

Viendo su devoción por Pablo, tuve entonces una idea, la de llevar un diario con todo lo que iba pasando aquí, en lo que se supone que es la realidad; con esos pequeños detalles que Juan, el arroaz, se iba perdiendo allí en su mundo ajeno, muy lejano al de la gente que nos quedamos en tierra y así, cada vez que volvía, se llevaba una libreta en la que como un cuento podía vivir con retraso de una ausencia lo que había sucedido. Eso me hizo sentir mucho más unida a él, aunque fuese a través de un papel y un bolígrafo.

Entre libretas leyó mi embarazo de Ismael, nuestro segundo hijo, mientras Pablo daba sus primeros pasos; leyó como era la sonrisa de Cristina nuestra tercera hija y los apuros que pasé cuando Ismael se puso con lo que los médicos denominaron que era un virus; leyó como mi padre se había retirado y ahora, al ver que según mi criterio se iba secando poco a poco, mi madre le había aconsejado que se comprase una barca pequeña y saliese cerca de la costa a echar un poco las redes; leyó como su madre había fallecido, como unos meses después se fue la mía y como mi padre entonces abandonó su barca y se secó del todo... entre cada ida y venida había siempre constantes transformaciones. Su vida en el mar, sin embargo, en lo poco que cambiaba era que tanto él como sus compañeros y el propio barco eran cada vez más viejos. Posteriormente las libretas se fueron ilustrando con los dibujos que hacían los niños a los que contaba muchísimas cosas sobre su padre, a veces exagerando un poco, para intentar cubrir su falta y que cuando llegase lo recibiesen como a un auténtico héroe.

Luego el tiempo me colocó a mí en el papel de madre que intenta evitar que sus hijos caigan en el hechizo azul mediante consejos, chantajes e incluso a veces, con blandas amenazas que todos saben que no se van a cumplir y, que con uno lo consigue: logra que termine los estudios y se marche a la universidad a Coruña, a casa de su tío que no ha tenido hijos y con el que tiene una relación de admiración; pero con el otro no. Ismael desde que nació llevaba una ola en su interior y solo había que ver como miraba al mar. Él en breve será despedido en el puerto por mí o por una chiquilla que, como Cristina, nuestra única hija, se ha enamorado del mar que es un muchacho de pelo rubio y piel morena, que ya le ha dado una foto, que ella ha colocado sobre la mesa de estudio.

La última vez que despedí a Juan, el arroaz, mi arroaz, fue una tarde de cielo rosado en la que como siempre las almas se sintieron confusas tratando de quedarse y marcharse. Su caricia, su voz, su beso, su mirada fueron como la primera vez que lo había visto. Tal vez el amor se detuvo para siempre en aquél instante como si las dos agujas de un reloj se hubiesen entrelazado. El barco fue disminuyendo al alejarse hasta convertirse en un punto que terminó por mezclarse con en el horizonte y, pasados unos minutos en silencio, todos regresamos a nuestras casas dejando que la vida de tierra continuase.

No sé el tiempo que transcurrió desde esa despedida hasta que en plena noche sonó el timbre de la puerta y, al abrirla, mi vecina, Laura la mujer de Suso, el falapouco, compañero de embarcación de Juan, el arroaz, mi arroaz; me contaba entre sollozos que un barco había naufragado y creían que podía ser el Sueño de Carón, en el que estaban enrolados ellos dos. Cristina bajó llorando las escaleras como si al sonar el timbre hubiese presentido algo y, tras ponernos ropa de abrigo, fuimos al ayuntamiento a recibir más noticias. Por el camino yo iba interiormente negándome a mí misma,

negándole a Cristina, diciéndole que no podía ser; negándole a Laura, diciéndole que no iba a ser y negándole al mundo la posibilidad de que finalmente fuese. Al entrar en el ayuntamiento la gente nos miró con tristeza y sentí como la red se tejía a nuestro alrededor... sobre nosotros... bajo nosotros... para no dejarnos caer al fondo.

El Sueño de Carón se hundió una fría y oscura madrugada de Octubre cuando regresaba de alta mar. Fueron hallados los cuerpos de todos los tripulantes, menos el de uno: el de Juan, el arroaz, mi arroaz. La guardia costera y todos los que participaron en el rescate tuvieron que dejar la búsqueda por las adversas condiciones climatológicas que sobrevinieron al naufragio y, sinceramente dudo que por mucho que hubiesen buscado nunca lo podrían encontrar, porque mi marido, Juan, el arroaz, estaba creado con agua de ola y nunca podrá enterrarse una ola, porque pertenece al mar y vivirá por siempre en él regresando a la arena.